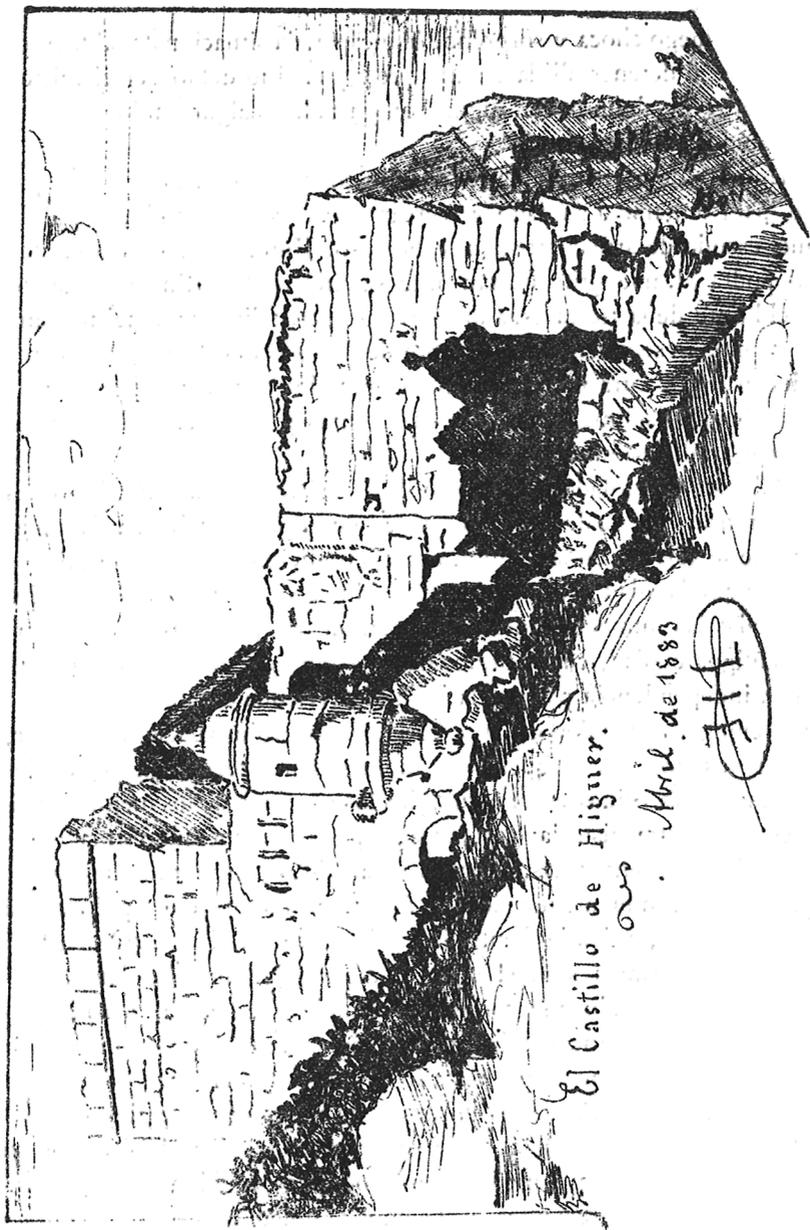


Hace algun tiempo era una verdadera escursión ir al cabo de Higuier, extremo levante de la costa española en Guipúzcoa, bien la marcha se hiciese por los peñascos de la orilla del mar, ó por los senderos de la montaña. Ahora, desde la construcción de la carretera al faro, es un paseo delicioso, un viaje de placer que muy pronto podrá realizarse en coche, aprovechando ese camino, que aunque de infimo orden es ya muy transitable á carruajes.

La isleta de Amuko, Astubiaga *iturria* y el puertecito natural del mismo nombre, el castillo citado en tantas crónicas, la peñascosa costa donde entre mariscos se descubren á veces inscripciones, el promontorio más famoso de la antigua Vardulia y la vieja y nueva farola, son las bellezas que la historia, la naturaleza y el arte brindan á la curiosidad y admiración de los excursionistas. En el cabo, en vano se busca el árbol á que, segun algunos, debe su poético nombre de *La Higuera*, y que la imaginación inventa; hay sí, unas higueras silvestres, pequeñas; apenas se distinguen entre las rocas donde nacen.



EL CABO DE HIGUER.



El Castillo de Higuier.

Abril de 1883

III

La senda que bordea la orilla del mar conduce desde el faro á una histórica fuentequilla y de esta al Castillo.

Desde luego choca y sorprende la inesperada situación de tal fuente: se adivina al detener allí la planta que aquel sitio debió ser el misterioso retiro de algun poeta, algun conquistador ó algun sábio.

Indudablemente.

Hombre de espíritu superior mandó construirla en tan extraño paraje, para sentarse á su lado y recrearse con su murmullo, al pié de aquel escudo de armas artístico y borroso. Humildad y grandeza. Jamás podrá idearse sitio de tan intensa melancolía. Rincon ignorado en el límite de la tierra española. El agua cristalina de aquel manantial se une en seguida con la salobre de las olas que llegan muy cerca y deben una y otra mezclarse en las grandes mareas; el no ver más que la blanca espuma de las olas, las oscuras peñas y el azul del cielo, causa mortal pesadumbre.

Allí está el verdadero corolario de la existencia humana; ilusiones y esperanzas que se desvanecen, aridéz en la *prosa de la vida* y un más allá que se adivina en la religion y en las tradiciones de nuestros padres.

Aunque la edad juvenil dore todo, allí se siente tristeza y misterio.

Todas las inmediaciones nos hablan de un pasado de esplendor: una antigua ciudad, cuyos títulos demuestran las esfuerzos de sus hijos por la independencia pátria; la humilde vivienda donde un rey montañés enjugaba el sudor de la cacería, el soberbio palacio del César, el mar, los rios, los bosques y las montañas nos recuerdan personajes ilustres; en las ruinas están esculpidos los nombres de los mejores capitanes de nuestra historia; y si por aquí pasaron emperadores magnánimos, reinas desventuradas, soldados esclarecidos y córtestumultuosas.... ¡qué mucho, que alguno llegase á este promontorio de peñascos á aspirar la brisa, altiva la frente, lacerado el corazón!..... ¿Quién fué?

¡Qué ignorantes somos! Algo pudieran decirnos las letras y las armas de ese escudo que corona la humilde fuentequilla, pero la presunción y la ignorancia lo han profanado, manos destructoras se han posado en él, y lo poco que resta lo destruirá el tiempo.

Sigamos la extraña senda bordeada de flores primaverales y vamos al Castillo; dejemos esa fuente y sus tristezas, el Cabo Higuer con su columna que al par que mediciones geodésicas también recuerda desgracias ó crímenes recientes, y dejemos también esas flores: *no tienen aroma* á pesar de encontrarse entre ellas la modesta violeta.

El Castillo, tal vez impropriamente llamado de Higuier, pues la leyenda dice *hoc Santermi Castellum*, está construido sobre los desgarrados peñascos de la costa y es propiedad de la familia de los opulentos Guebaras.

Algunas reparaciones introducidas sin duda en las guerras modernas, han desvirtuado su estilo, pero visto desde las rocas de la costa y sobre todo desde el mar, tiene su carácter artístico muy marcado; y el contraste que forman con los detalles de la costa vecina, sus rojizas piedras areniscas, iluminadas todo el día por el sol, se graba en la imaginación del viajero.

Los cronistas refieren que al apoderarse de estos contornos las fuerzas de Conde y el arzobispo de Burdeos después de la defensa del Pirineo por Redin, los defensores de esta fortaleza, vista la inutilidad de sus esfuerzos, clavaron los cañones, llegando á nado á Fuenterrabía; pero vista la distancia de mar que separa ambos puntos, no solamente parece imposible esta empresa para una guarnición, sino para un solo hábil y valiente nadador.

Bajo el escudo y alzándose sobre la puerta interior de la fortaleza, se ostenta una piedra en forma de lápida en la que se notan perfectamente los caracteres de la siguiente inscripción:

PHILIPVS-II-HISP^{VM} INDIAR, Q REX
 AD REPRIMENDA PIRRATARVM' LATROCINIA
 HOC SANTERMI CASTELLVM EXTRVERE MANDAIT
 ANNO DOM-MDXCVIII
 SIENDO DON JVAN VELAZQVEZ CAPⁿ GENⁱ DESTA PROV^a

¡Qué bello debe parecer á los extranjeros el suelo español con el majestuoso aspecto de sus derruidos castillos, ruinas de un grandioso pasado, mas grandeza ya casi olvidada de una tierra que solo parece vivir de recuerdos!...

De todos modos el discurrir por ese nuevo camino de hermosísimas vistas verdáderamente suspendido, entre las estribaciones del Jaizkibel y las olas; tender la vista á ese altivo y tormentoso golfo salpicado de blancas velas de traineras, cuyos tripulantes bogan trayéndoos la brisa entre las emanaciones salinas, el ruido acompasado de los remos en los *toletes*, todo eso y el cabo, la fuente, el Castillo y el faro, en buena compañía y aunque el principal objetivo no sea artístico, bien merece los honores de una visita.

* *

